

La propuesta autonomista de Artur Mas

El 17 de octubre pasado, Artur Mas planteaba en una conferencia su propuesta de futuro para Cataluña en relación con España. La propuesta resulta doblemente interesante tanto por el sujeto que la hace, candidato a la presidencia del partido actualmente gobernante en Cataluña, como por su contenido, futuro de la relación con el resto de España. A pesar de ello, no ha tenido ni el mismo eco ni las mismas disonancias que otras propuestas autonómicas hechas desde poderes similares de otras regiones. Un análisis de esta propuesta puede proporcionar luz para entender otra forma posible de plantear el futuro del Estado de las autonomías.

«Cataluña sin límites». Este fue el título de la conferencia que Artur Mas, el pasado día 17 de octubre, pronunció en el Palacio de Congresos de Barcelona. En ella, el sucesor de Pujol como candidato del partido gobernante en la Generalitat exponía su proyecto de futuro, a un año de las elecciones autonómicas catalanas. Y en ese proyecto anunciaba su intención de presentar, en marzo del año 2003, una propuesta de nuevo

Estatuto de Autonomía para Cataluña. Más allá del final de etapa que suponen los 23 años de gobierno de la Generalitat presididos por Jordi Pujol, más allá de la coyuntura pre-electoral que ya se está empezando a vivir en Cataluña, e incluso más allá de los nuevos líderes que encabezarán las diversas opciones políticas en Cataluña, el discurso de Artur Mas está escrito pensando en un horizonte a medio y largo plazo. Artur Mas pretende, con esta propuesta, catalizar las energías del catalanismo político, los deseos de una mayoría de catalanes.

La propuesta

La propuesta es audaz, sin duda, al tiempo que quiere ser posibilista. La justificación dada por Mas es clara: el catalanismo político, a la vez que está razonablemente satisfecho de los logros conseguidos en los últimos 25 años, se siente insatisfecho en cuanto a las posibilidades de futuro.

Hace Mas balance de este pasado, en lo que respecta a las relaciones de Cataluña con el Estado. Un balance deudor para este último: *«tenemos derecho a preguntarnos cuál es la razón por la cual todas las contribuciones positivas que se han hecho y se están haciendo desde Cataluña para el progreso general del Estado, no encuentran la justa correspondencia cuando de lo que se trata es de hablar de Cataluña, de nuestro presente y de nuestro futuro (...) Cataluña, durante más de dos décadas, no ha frenado nunca ni un solo proyecto o un solo proceso que fuese importante para la modernización de España; y el nacionalismo catalán, tampoco. En cambio, España ha sido demasiado a menudo insensible, cuando no abiertamente contraria, a que Cataluña volase alto; y el nacionalismo español, representado por los grandes partidos a nivel estatal, se ha hartado de recortarnos las alas, y todavía sigue haciéndolo»*. Se trata de un balance severo, sin duda. Pero es también un acto de lealtad anunciarlo claramente.

Aún a falta de mayores concreciones, la propuesta de nuevo Estatuto, tal como la formuló Artur Mas, contiene cinco grandes ejes. **El primero** plantea que la Administración del Estado deje de actuar

directamente en Cataluña, excepto en unas mínimas cuestiones muy específicas, siendo la Generalitat quien asuma las funciones de gestión: es lo que se conoce con el nombre de Administración Única, con ello se recuerda que la Generalitat también es Estado. **El segundo** pretende que el nuevo Estatuto delimite claramente las competencias de la Generalitat y las de la Administración Central, para poder evitar los riesgos de invasión competencial por parte del Gobierno Central; dicha delimitación de competencias, así como el carácter básico de las mismas, deberían referirse tanto a las competencias actuales de la Generalitat, como a las nuevas que serán requeridas con la reforma del Estatuto. **El tercero** manifiesta el deseo de que la Generalitat pueda participar en instituciones constitucionales del Estado, en instituciones de la Unión Europea y en otros organismos de carácter internacional como la Unesco. **El cuarto** pretende que Cataluña tenga reconocidos aquellos elementos simbólicos que identifican su carácter nacional y su personalidad cultural diferenciada. **El quinto** reivindica que Cataluña disponga de toda la capacidad necesaria para decidir su propia organización territorial y disponga además de un sistema de financiación que recoja los principios del concierto económico, permitiendo así una reducción progresiva del déficit fiscal que padece el país.

En Cataluña, algunos dirán que el nuevo Estatuto «se queda corto», mientras que otros opinarán, sin duda, que «va demasiado lejos»... A pesar de todo, es evidente que supone una mejora sustancial en términos de desarrollo del autogobierno y la personalidad nacional de Cataluña, pero sin romper, y ni tan siquiera llegar a amenazar, el llamado «consenso constitucional».

Los objetivos que se persiguen son también declarados. El Estatuto propuesto «es una herramienta, no un objetivo por sí mismo». Una herramienta orientada a dos funciones: «para seguir siendo» y «para situarnos entre los mejores».

«Seguir siendo» significa tener una presencia específica y cualificada en un mundo que, en la globalización, tiende a la uniformización; significa

salvaguardar una cultura y una conciencia propias. Una mayor autonomía permitiría afrontar con mayor eficiencia retos como la inmigración, tema que preocupa mucho al gobierno catalán. Y estar «entre los mejores» significa desarrollar al máximo las potencialidades catalanas, en lo cualitativo más que en lo cuantitativo: *«no significa [situarse] entre los más poderosos, ni entre los más ricos, ni entre los más fuertes. Todo esto cae lejos de nuestro alcance. Significa convertirnos en un referente; que en parte ya somos, pero que hemos de ser mucho más. Significa ser un modelo (...) hacer una aportación positiva, de primer nivel, al progreso, al desarrollo y al futuro del mundo»*. Para ello, es necesario que la Generalitat tenga mecanismos para fomentar la capitalización en Cataluña, así como para gestionar las grandes infraestructuras (aeropuertos, alta velocidad, etc.).

Finalmente, Mas considera como contrapartida política a esta propuesta, la mayor participación del partido catalanista en la gobernabilidad del Estado: *«si nuestra propuesta de nuevo Estatuto fuera finalmente aceptada en Madrid, se nos pedirían probablemente unas contrapartidas de implicación en la política española diferentes de las que hemos asumido hasta ahora (...) Creo que en el futuro hemos de estar abiertos a negociar estos mayores niveles de implicación en la gobernabilidad del Estado. Pero que nadie se engañe: nuestro objetivo no es otro que un muy alto grado de libertad y autogobierno para Cataluña»*.

Algunas reflexiones

Seguramente algunos de los párrafos anteriores pueden resultar sorprendentes, y quizás hasta irritantes para muchos. Pero, en cualquier caso, la propuesta de Mas no pretende alterar el marco constitucional. Se mueve dentro de los márgenes de legitimidad política que los españoles nos hemos dado. Se podrá estar de acuerdo con ella o no, pero hay que aceptarla como parte del juego político normal.

Por otro lado, es necesario leer la propuesta de Mas en su clave propia. La política catalana, y la catalanista, tiene también su propio talante. Es

un talante negociador, cumplidor de sus compromisos, pragmático, y discreto al tiempo que fuertemente enraizado en sus sentimientos. Cataluña lleva muchos siglos de relaciones comerciales. Tierra de paso, en su sangre se mezclan las sangres de muchos pueblos. Está acostumbrada, por tanto, a la flexibilidad, al diálogo y al pacto. El catalán se siente a gusto pagando su parte... si su socio paga también la suya. No trata de vencer, sino de salir adelante. Mas propone un cierto intercambio: participación de CiU en el gobierno estatal, a cambio de un Estatuto más autónomo para Cataluña. Mayor autonomía y mayor implicación política en España.

También hay que tener en cuenta que la propuesta de Mas pretende ser una propuesta de una «segunda generación política» de la Democracia en Cataluña. Responde no sólo al interés de marcar diferencias con el PSC y Pascual Maragall, sino también a la realidad del relevo generacional político. Un relevo que ya se produjo en la política estatal, y que ahora llega a CiU con la retirada de Pujol. Hay que entender, por tanto, que esta nueva generación del catalanismo político llega habiendo asumido los logros de la etapa Pujol, y con nuevas ambiciones y proyectos. Ya no se trata de consolidar y llevar a su máximo potencial el Estatuto de la transición, sino que éste es el punto de partida. En adelante, habrá que tener esto en cuenta cuando se piense en las aspiraciones del catalanismo político.

Quizás sea pedir demasiado, pero el discurso de Mas puede ser leído como una propuesta de complicidad, más que como un desafío. Un pacto, más que un pulso. Puede ser entendida como un paso que es potencialmente beneficioso no solamente para Cataluña, sino también para el conjunto de España. ¿No es interesante para España que Cataluña «se sitúe entre los mejores», como apuesta el candidato catalanista? Una Cataluña vigorosa puede colaborar en gran medida al progreso de todos los españoles: la historia así lo muestra. Por otro lado, una negativa a esa pregunta resultaría difícil de explicar ante los catalanes.

Las relaciones de Cataluña con el Estado están marcadas por una cierta desconfianza recíproca. Pero una sólida articulación del Estado exige, y

exigirá cada vez más, superar esa desconfianza. O bien alcanzar pactos de gran alcance. Los grandes partidos estatales deberían tener esto muy en cuenta.

Finalmente, en cuanto al tema más visceral, y perfectamente legítimo, de las sensibilidades nacionales (españolas y catalanas, con diversos acentos), será conveniente atenerse escrupulosamente a la legalidad, al tiempo que ser inteligentes. El equilibrio dinámico de un país complejo como España no se verá favorecido por visiones demasiado simplistas.

Con frecuencia los catalanes se quejan de ser maltratados por el Estado, al que acusan de no reconocerles su personalidad propia sino a regañadientes. Por su lado, muchos españoles se sienten ofendidos por una cierta indiferencia de los catalanes hacia lo español. Unos y otros deberían reflexionar generosa y profundamente acerca de la realidad, insoslayable, de la secular historia común. Una historia común que a veces ha sido conflictiva, y siempre compleja. Y, con la convicción de que esas relaciones serán también complejas en el futuro, proponerse proyectos que puedan resultar satisfactorios tanto para unos como para otros. Al fin y al cabo, un país sólo puede ser un proyecto común. Cataluña no puede prescindir de su vinculación a España, ni España debiera permitir por más tiempo el desencanto de los catalanes.

Los últimos años se ha creado la sensación en parte de la opinión pública catalana de haber sufrido una pérdida relativa de capacidad de desarrollo económico en comparación con otras regiones del país o al menos de no estar en algunos aspectos liderando el motor socioeconómico. Éste, junto con otros retos a Cataluña, como la inclusión social, la educación o la vivienda, son algunos de los aspectos que más preocupan a la ciudadanía. Más allá de que las medidas de Mas sean procedentes o simplemente necesarias, debemos preguntarnos si son las medidas óptimas para responder a los principales problemas y retos de la sociedad catalana. La elevación del techo de autogobierno, pudiendo ser un objetivo procedente, nos cuestionamos que deba ser el eje programático en el debate electoral sobre el destino de Cataluña. ■